

á los ladrones; y la reina Margarita y Marión Delorme, cuyo *carnet* , sin patente de sanidad, tiene el honor de colocarse en las bibliotecas públicas y privadas?

Ahí está la mujer, ahí está la flor gorda, henchida de miel y de principios: ahí está la jamona fecunda con axiomas, máximas y problemas.

En ella está el amor de Roma, de Pompeya y de París, el amor-áspid, el amor-ecuación y el amor-vapor.

Esos corazones son los que han inspirado á algunos la palabra *pliegues* , y los que, amurallados como Babilonia, desafían al fisiólogo, al poeta, al guerrero y al cartujo.

Contra esos corazones emprende hoy Facundo su lance de armas, pluma en ristre, y con la sonrisa en los lábios.

Nos veremos.



CAPÍTULO II.

ENTRA EN ESCENA UNA MUJER
ENTERAMENTE PARECIDA Á UNA JAMONA

AMALIA es una señora muy elegante: se presenta en todas partes ostentando un refinamiento tal y un gusto tan exquisito para vestirse, que el áspid de la envidia ha picado ya á algunas señoras muy más encopetadas que Amalia.

Amalia es una criatura feliz: vive en una atmósfera de bienestar y de *confort* que parece confeccionada adrede para ella.

Tiene una clave, clave misteriosa y casi

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

equivalente á la piedra filosofal, clave que bien pudiera llamarse la Pata de cabra ó los Polvos de la Madre Celestina, porque es el resultado filosófico—químico de muchos ingredientes de la civilización actual.

Amalia ha adquirido legítimamente el derecho de propiedad de ese amuleto maravilloso que la hace rebosar felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Facundo se ha salido de sus casillas retorciendo los tornillos de su aparato como un fotógrafo para aplicar á tiempo el foco de su linterna mágica, y cada vez que ha logrado atrapar un dato, un perfil, una faceta, de ese brillante cintilador, ha debido (aunque no lo ha hecho) exclamar ¡*Eureka!*

A la fecha el autor tiene lo bastante para hacer la presentación.

Observemos.

Cuando un reloj que sirve de taburete á una Leda de bronce francés imitación del antiguo, da las once, Amalia ha liquidado sus cuentas secretas con el tocador, ha di-

rijido ya la última mirada á la luna ovalada y ha dejado escapar una última sonrisa.

Sonrisa supernumeraria, excelente, sin dedicatoria y sin resultado como el tiro de prueba, no para ensayar la puntería sinó el arma.

Amalia pasa del tocador al saloncito, en donde lo primero que saluda es el ramillete que recibió ayer.

El saloncito tiene muebles tapizados de tripe rojo, cortinas de punto, alfombra blanca con ramos de flores, mesa estorbo, dos sillones de bejuco del Norte, candelabros y espejos.

Amalia está lo que se llama bien vestida, y en cada uno de los detalles de su persona hay algo que observar, ya sea la manga abierta que comete á cada paso la indiscreción de permitir al ambiente que bese un pedacito de brazo mórbido como el de una estatua griega; ya es un guardapelo esmaltado que juguetea á cada movimiento, como el cascabel de un gato, sobre un ligero hoyito que Amalia tiene en la garganta, el tal

guardapelo casi sigue los movimientos de la cabeza y está haciendo el papel de esas manecillas que en una esquina ó en una puerta quieren decir «por aquí;» ya es un rizito de cabello que cae sobre un lado de la frente y que está pretendiendo decir «aquí me quedé olvidado;» ese rizo es un acento circunflejo de la fisonomía de Amalia: ya, en fin, es un brazalete misterioso de pelo con broches de oro con iniciales, porque todo en Amalia está encerrando un misterio y un encanto.

Amalia tiene pájaros, pescados y macetas y además un perrito blanco como una greña de algodón; es un perro *monísimo*.

Las manos de Amalia son muy bonitas, y no contenta con que la madre naturaleza le dejase aguzadas las puntas de los dedos, se deja crecer las uñas y se las recorta en forma de lanceta.

Esto la obliga á ser cauta, á tentar quedito, á no cojer tierra y otras muchas cosas.

Amalia tiene una amiga de confianza, tan de confianza que fué su compañera en el Colegio de las Vizcainas.

La está esperando.

Esta amiga de confianza se llama *la chata*: así la decían todos; y muchos por no saber cual es su nombre de pila, la dicen *chatita*.

—¡Josefa! grita Amalia impaciente, ¿no ha venido la Chata?

—Si, señora, contesta entrando una criada, cuyo traje tira ya á *traje de persona decente* y cuyo peinado tira ya á castaña clara: vino, pero dijo que iba al cajón y volvía.

Un cuarto de hora después llega la Chata.

—¿Lo viste? dice Amalia á su amiga.

La amiga en lugar de contestar, buscó algo en la habitación.

—Estoy sola, agregó Amalia.

—Lo ví, dice la Chata, sentándose en el otro extremo del confidente.

—¿Y qué?.....

—Hay mucho que decir.

—¡Ave María! ¿Ya te catequizó? ¿ya estás de su parte? ¿ya no puedo contar contigo?

—¡Espera, espera por amor de Dios! ¡qué violenta estás!

—Ya lo sabes: sí, es cierto; estoy en ascuas.

—Pues oye. Estaba muy enojado.

—¡Enojado! ¡No hay cosa peor que manifestar á los hombres todo nuestro cariño! ¡Enojado cuando acaba de saber que lo amo!

—Debes disculparlo; precisamente porque sabe que lo amas, se creía con derecho de esperar de tí....

—Le parece al poeta que todo es tan fácil; ¡ya se ve! él tiene talento, escribe, improvisa y miente; todo con facilidad.

—¿Quieres oírme?

—Sí.

—¿Sin interrumpirme?

—Sin interrumpirte.

—Pues oye: te han traicionado.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Tu prima Amparo.

—¿Es posible!

—Sí: le contó á Ricardo todo lo de la otra noche; y tú tienes la culpa por fiarte de pollas.

—¿Y que le contó?

—Le dijo que vivías triste, que el temple de tu alma te ponía al borde de un precipicio.

—No sigas; es necesario vengarme de Amparo.

Es necesario que el lector sepa lo de la otra noche: Ricardo, el Ricardo á quien aludían la Chata y Amalia, es un poeta, frisa en los veinticinco, es amable, locuaz y un poco elegante.

Amalia leyó unos versos de Ricardo en un periódico y pensó, que Sanchez es muy bueno, pero muy frío; Sanchez es el marido de Amalia, es muy bajo de cuerpo, como de cuarenta años y personaje nuevo.

Sanchez vino en el polvo de la revolución hasta México, prestó algunos importantes servicios á la patria, como por ejemplo: haber andado con el gobierno, haber sido secretario de un gobernador, haber perdido su papá unas vacas, y aunque por fin aceptó un empleo en tiempo del imperio, fué de puro compromiso, pero no por convicción; en cambio se había adjudicado tres

casas del clero que no pagó, y había recibido por vía de liquidación, diez mil pesos que le pagaron, y después había tomado posesión de un empleo de hacienda, cuyas quincenas eran una bendición de Dios.

Con esto y con haber encontrado por esos mundos de Dios á Amalia, Sanchez había acabado por ser un hombre feliz.

Más todavía: había logrado hacer feliz á Amalia; primero porque le había abierto un horizonte; apertura apreciables especialmente para la mujer; en segundo lugar la hacía feliz porque la quería; y en tercer lugar porque, como Sanchez estaba colocado á horas fijas, Amalia tenía esas mismas horas á su disposición para seguir siendo feliz, aunque no precisamente por el método de Sanchez.

Este deseo de ser feliz es universal, y no habrá quien se declare en contra de una tendencia tan explicable; solo que, á pesar de los seis mil años que llevamos de controversia, no hemos logrado ponernos todavía de acuerdo en *el modo*.

La diversidad de los sistemas empleados para conseguir esa gran quisicosa, ha dado resultados individuales dignos de estudio.

Amalia es un ejemplo vivo, y para apreciar la exactitud de este aserto, estudiémosla:

Amalia nació en Oaxaca, allí corrieron los primeros años de su infancia; y aunque quisiéramos dar algunos detalles acerca de sus progenitores, estos datos los hemos perdido en el oscuro laberinto de nuestra mala memoria; á pesar de que un oaxaqueño amigo nuestro nos contó del pe al pa la historia íntima de Amalia; si recordamos que la tal historia no era de lo más edificante, y el carácter del que según todas las probabilidades era el padre de Amalia, nos impone el deber de callar porque no se nos tache de parciales, revelando poridades de una clase en un tiempo privilegiada.

Amalia, apenas nació, tuvo la desgracia de ser ocultada á los ojos del mundo; y nosotros que solemos pecar de maliciosos, creemos que de allí le vienen todas sus desgracias á Amalia.

No están las virtudes domésticas ni la bondad de sentimientos, precisamente de parte de los hijos naturales.

El calor de los pechos maternos y la pureza del hogar, atesoran los efluvios de una dicha tan inapreciable, que solo en la edad madura y al través de las vicisitudes se comprende.

Pero cuando la siniestra huella del crimen ha manchado el hogar; cuando una trasgresión del orden moral dá vida á un sér sin el calor de los nupciales linos; cuando no es la familia originaria la que se reproduce sino los delincuentes ocultos; entonces el niño que viene al mundo, busca con su primer mirada una conciencia, y engendra con su primer sonrisa un remordimiento, porque es un sér que viene pidiendo cuenta de las lágrimas de desolación que verterá más tarde.

Cierto racionalismo estúpido se empeña en considerar al niño como una larva indiferente, y al verlo aparecer lo segrega de



SÁNCHEZ.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1925

la comunión de los humanos para considerarlo solo como una promesa.

Este racionalismo sustenta los orfanatorios é introduce en las familias ladroncitos de honra y de patrimonio.

Amalia nació en una noche tempestuosa, y como esas semillas destinadas á que las arrebate el viento, su primer papel en el mundo fué este:

Cuerpo de delito.

Estos cuerpos, bien sean un niño ó una ganzúa, se esconden.

Salir á luz escondiéndose es un sarcasmo reservado sola al hijo natural.

Con algunos litros de leche alquilada, Amalia tuvo lo bastante para resolver el problema de su vida.

El padre de Amalia, dijo un día:

—¡En fin..... la niña vivirá!

En estas pocas palabras asomaba una monstruosidad, un amor paternal resignándose.

Ó de otro modo:

Un criminal, teniendo que ser padre.

Por esa época, Amalia comenzó á ver á un señor que le daba juguetes de vez en cuando.

Algunas veces se la sentaba en las rodillas y la acariciaba.

Un día, el señor aquel besó á Amalia despidiéndose, porque Amalia iba á ser trasladada á México.

Y ya que sin sentirlo nos hemos alargado en el relato de lo que á Amalia le había sucedido con anterioridad al momento en que la hemos visto hablar con la Chata, pasaremos á otro capítulo, en el que continuarán estos apuntes.



CAPÍTULO III.

EN EL QUE SE VE QUE LAS AMISTADES
DE LA INFANCIA SON DURADERAS.

LA juventud de Amalia brotó como una flor dentro de los muros del Colegio de las Vizcainas.

La Chata vió nacer esa flor y de aquí nació la intimidad de Amalia con la Chata.

El primer brote de esa flor es, por lo general, un pedazo de cielo, es una paloma que anida, un beso que se oye, ó un estremecimiento que no se comprende.

Suele tomar la forma de una meditación que termina en un suspiro; suele ser una lá-